

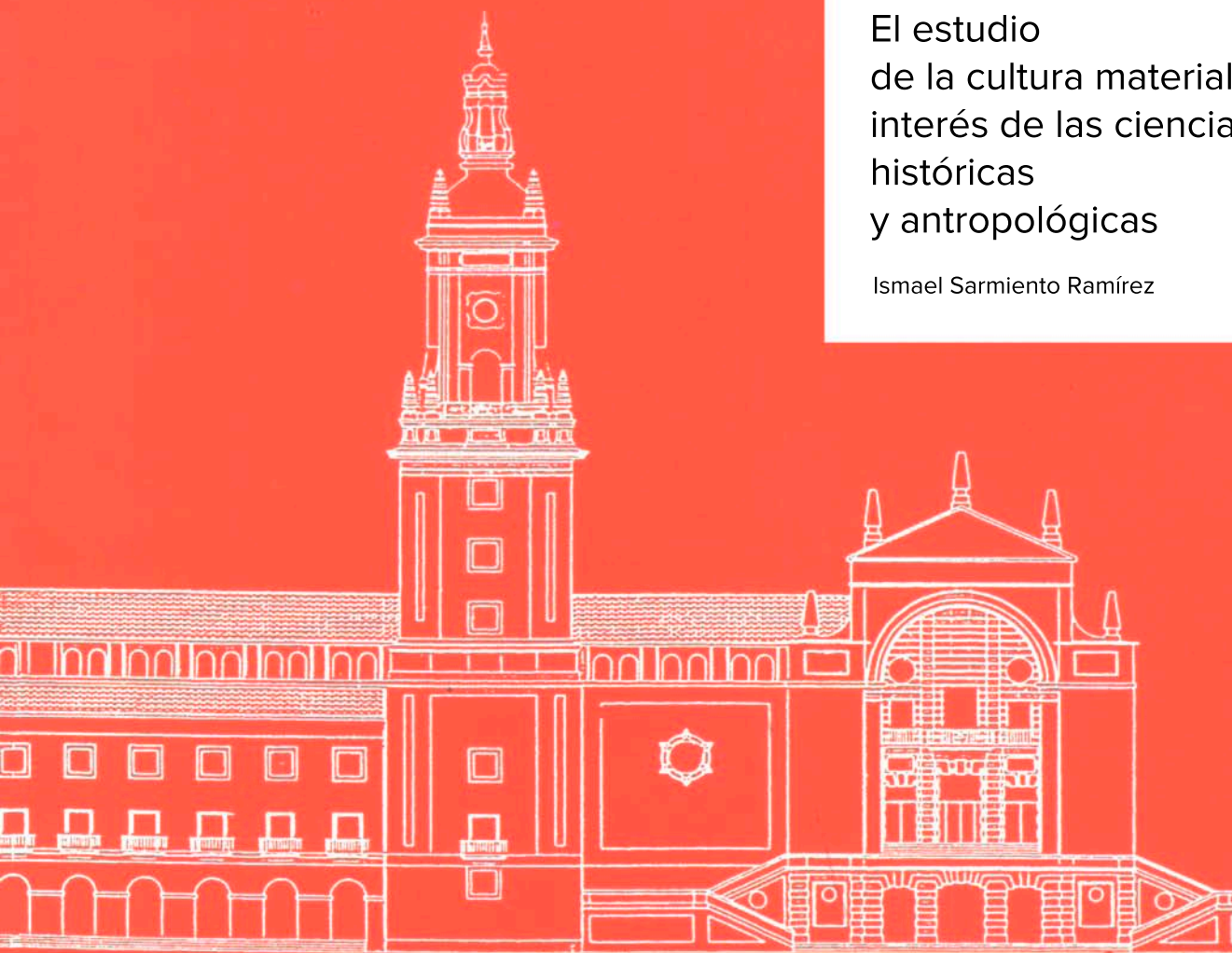
ANNALES 13

MUSEO DE  AMÉRICA 2005

Artículo

El estudio
de la cultura material,
interés de las ciencias
históricas
y antropológicas

Ismael Sarmiento Ramírez



EL ESTUDIO DE LA CULTURA MATERIAL, INTERÉS DE LAS CIENCIAS HISTÓRICAS Y ANTROPOLÓGICAS



ISMAEL SARMIENTO RAMÍREZ

HISTORIADOR CUBANO

OUÉÉ | HÍ BHI ÉÉ Í G ÉÉF OÉÉÉÍ ÉHÉHÍ ÁÁ

RESUMEN: EL ESTUDIO AGRUPA LOS PRINCIPALES APORTES QUE HAN FAVORECIDO A LA INTEGRACIÓN HISTORIA-ANTROPOLOGÍA E INSISTE EN AQUELLOS QUE INCIDEN EN LA ARTICULACIÓN DE AMBAS CIENCIAS CON LA HISTORIA DE LA CULTURA MATERIAL. PRIMERO SE REFLEXIONA EN TORNO A LA INTERDISCIPLINARIEDAD DE LAS CIENCIAS HISTÓRICAS Y ANTROPOLÓGICAS; Y LUEGO EN LOS NUEVOS CAMINOS DE LA HISTORIA QUE SIN DUDAS FAVORECEN EL ESTUDIO DE LA CULTURA MATERIAL.

PALABRAS CLAVE: Historia, antropología, cultura material, interdisciplinaridad, teoría.

ABSTRACT: This study deals with the main studies that have helped the blend of history and anthropology and strengthens those which focus in the connections of both sciences with the history of

material culture. The text reflects, first, around the link between history and anthropology, and, secondly, on the new paths open to history, which indeed favour the study of material culture.

KEY WORDS: History; Anthropology; Material Culture, Link, Theory.

I INTRODUCCIÓN

Con este esbozo no pretendo presentar un estudio profundo del quehacer interdisciplinario de las ciencias históricas y antropológicas; y menos aún hacer un análisis exhaustivo de todas las corrientes historiográficas contemporáneas: ambas labores en la actualidad son en extremo complejas y sus debates abundan en la historiografía. Aquí, tan solo parto de los principales aportes que han favorecido a la interacción historia-antropología para insistir en aquellos que inciden en la articulación de ambas ciencias con la historia de la cultura material; resultados que, de una u otra forma, han influido en el diseño, el desarrollo y la consecución final de otras de mis investigaciones, principalmente, en: *Cuba entre la opulencia y la pobreza. Población, economía y cultura material en los primeros 68 años del siglo XIX* (Sarmiento, 2004).

II REFLEXIONES EN TORNO A LA INTERDISCIPLINARIEDAD DE LAS CIENCIAS HISTÓRICAS Y ANTROPOLÓGICAS

De forma reiterada, desde mediados del siglo XIX la ciencia histórica se puso en duda por considerarse falta de eficacia para el conocimiento del pasado. Debilitamiento que es herencia del positivismo, el neokantismo y la «filosofía de la vida», y entre los primeros seguidores estuvieron: Benedetto Croce, Robin George Collingwood y Raimund Karl Popper. Todos con una posición conservadora de la sociedad y una voluntad de combatir al marxismo. A ellos se sumaron una pléyade de morfólogos que se basaban en la idea de que lo que no puede alcanzarse en la historia mediante la formulación de leyes, puede en cambio obtenerse recurriendo a la contemplación y la comparación, y deduciendo en ellas regularidades que no servían para fabricar unas pautas cíclicas con las que se pudiera incluso predecir el futuro; entre ellos Oswald Spengler y Arnold Joseph Toynbee.

En parte esto es cierto, ya que no era posible volver al añejo historicismo de Leopoldo von Ranke (1979), de sus comienzos modernos, cuando postuló la necesidad de profesionalizar la historia y convertirla en una actividad científica, en su pretensión de superar la posición crítica del cronista o la mirada providencialista del pasado: hecho que tuvo sus acercamientos parciales a otras disciplinas, tal como la geografía, aun cuando, por el derrotero inicial trazado por sus fundadores, aisló por muchos años a la historia de las demás ciencias sociales; pero, también es verdad que tales cuestionamientos contribuyeron al enriquecimiento teórico-metodológico de la historiografía y que han permitido una observación multidisciplinar del pasado.

La actual evolución de las ciencias históricas y antropológicas revelan —como bien observa Gérard Lenclud (1996:347)— lo que la separación de sus territorios debe al con-

texto histórico que la ha visto nacer y desarrollarse como disciplinas distintas. Lo grave sería no interrogarnos y suponer que ya todo está resuelto.

Me sitúo entre los que piensan que siempre es posible encontrar la verdad, o cuando menos aproximarnos a ella, así se imponga el sano eclecticismo; «*pues -en total conformidad con Mauricio Archiva (1999:259)- ninguna teoría aislada puede dar cuenta del pasado humano, y otra es desarmar aún más la disciplina de toda dimensión teórica*». Por supuesto, también la alianza con las demás ciencias sociales y luchar por evitar los determinismos.

Cuando surgió la antropología como ciencia, con su campo delimitado en este siglo, nadie pudo suponer hasta qué punto luego se interrelacionaría con la historia. «Esta vieja dama», como algunos le llaman a la ciencia histórica, era menospreciada entonces por su anquilosamiento, su positivismo y su falta de «utilitarismo», según opinión de los adeptos a la recién llegada.

En sus inicios, la etnografía había ocupado el campo de atención para describir las sociedades primitivas llegadas hasta nuestros días; luego, por sus insuficiencias, surgió la etnología, que tenía una visión mucho más abarcadora y teórica; y, en adelante, la antropología, con la pretensión de ser la verdadera ciencia que se ocupara del hombre. Esta última superaba el punto de vista descriptivo y, por su propia definición, tenía que remitirse a los orígenes y atender los procesos en los que quedaba involucrado su protagonista. Todo era cuestión de salvar los prejuicios, porque la historia se hallaba presente en sus propios postulados y premisas. Del mismo modo, la ciencia histórica en su actualización y amplitud de campos se acercó indefectiblemente a muchos de los métodos y recursos antropológicos. De lo que no hay por qué sorprenderse ya que ambas, como otras ciencias, atienden al hombre en su dimensión de ser social y eso las hace concomitantes.

El polaco Bronislaw Malinowski (1970, 1973, y 1997), que trabajó desde un punto de vista funcionalista con los primitivos de las islas del Pacífico, pensaba que había que dar el punto de vista del nativo y comprender su cosmovisión. La hipótesis malinowskiana de que todo proceso social históricamente realizado contendría en sí mismo los elementos necesarios para su explicación científica también fue defendida por otros antropólogos funcionalistas. Para quienes con la cultura se satisfacían las necesidades humanas, eran absolutamente indiferentes a la historia.¹

En expresión de Emile Durkheim (1982), la historia se aplica a enumerar lo que depende de su arbitrariedad y se realiza en sucesos únicos, y la antropología naciente se dedica a expresar las formas amplias y condicionantes de la vida colectiva; de este modo, la antropología reivindica entonces contra la historia el estatuto de ciencia comparativa y generalizador sobre el modelo de las ciencias de la naturaleza.

¹ Fundamentalmente, por el inglés Alfred Reginald Radcliffe-Brown, quien en 1920 declaró radicalmente que «la historia no explica realmente nada» (1975:40). A lo que se suman: la Escuela Sociológica francesa, donde destaca como figura precursora Emile Durkheim (1974 y 1982); la Escuela americana, con orientación psicológica, fundada por Franz Boas (1966), que tuvo sus peculiaridades. Boas se opuso a la historia practicada y escrita por los evolucionistas y difusionistas, aunque insistía en que no es necesario disponer de un relato histórico de los orígenes de una sociedad para conocer el comportamiento de los miembros que la forman.

Será a partir de los años treinta del siglo XX, tras la multiplicación de investigaciones etnográficas, cuando la antropología y la historia delimiten sus procedimientos de investigación. La historia concernida solamente a la utilización de la fuente escrita y la antropología vinculada exclusivamente a la observación directa y a la encuesta oral. La antipatía por la historia entre los teóricos más influyentes en la antropología de Estados Unidos y Gran Bretaña llegó a su clímax en los decenios de 1930 a 1950; aunque igual hubo sus excepciones: en los Estados Unidos puede mencionarse la obra de Edward Evan Evans-Pritchard y su discípulo Alfred Louis Kroeber; y, sobre todo, a ambos lados del Atlántico, el interés que comenzaron a mostrar determinados antropólogos por la historia: aculturación y etnohistoria en los Estados Unidos y cambio social en Gran Bretaña.

En la década de 1950, paradójicamente, la etnohistoria -término inicialmente usado a finales del siglo XIX- adquiere verdadero sentido; ya distinguiéndose como disciplina por su insistencia en que el registro documental debe proporcionar una base empírica para la cronología y el análisis.

Desde 1958, el francés Claude Lévi-Strauss criticó a Malinowski y a otros etnólogos de la nueva generación por la manifiesta antipatía a la historia y por negarse, antes de trabajar sobre el terreno, a todo estudio de la fuente; «con el pretexto de no malograr la maravillosa institución que les permitía alcanzar en un diálogo intemporal con su pequeña tribu [...] verdades eternas sobre la naturaleza y la función de las instituciones sociales» (Lévi-Strauss, 1968: 12). El francés ha visto la principal diferencia de ambas ciencias, más que en el objeto, el propósito y el método, en la perspectiva que proyectan: «...teniendo el mismo objeto, que es la vida social, el mismo propósito, que es una mejor inteligencia del hombre, y un método que sólo varía en cuanto a la dosificación de los procedimientos de investigación, se distinguen sobre todo por la elección de perspectivas complementarias: la historia organiza sus datos en relación con las expresiones conscientes de la vida social, y la etnología en relación con las condiciones inconscientes» (Lévi-Strauss, 1968:19).

Años después otro prominente antropólogo, el antes mencionado E. E. Evans-Pritchard, coincidió con Lévi-Strauss en que la antropología y la historia son indisolubles; solo que Evans-Pritchard no compartió la célebre fórmula de Karl Marx que Lévi-Strauss empleó: «los hombres hacen su propia historia pero no saben que la hacen» (Lévi-Strauss, 1968:23-24), donde justifica, en su primer término, la historia y, en su segundo, la etnología. Evans-Pritchard prefirió valerse de las palabras dichas por Frederic William Maitland (1936:249): «pronto la antropología tendrá que elegir entre ser historia o no ser nada»; las que acto seguido invirtió: «la historia debe escoger entre ser antropología social o no ser nada» (Evans-Pritchard, 1974:59); y aun así, no vio diferencia ni en el objeto ni en el método de ambas ciencias. Porque, tratan «fundamentalmente de hacer lo mismo: traducir un conjunto de ideas en términos de otro, al suyo propio, de manera que aparezca inteligible, y ambas empleen medios similares para lograr este fin. El hecho de que el antropólogo haga un estudio de primera mano y el historiador lo haga a través de documentos es una diferencia técnica, pero no metodológica» (Evans-Pritchard, 1974:59).

También es importante en este autor la visión inicial que tuvo de que la relación historia-antropología debía ser de complementariedad y no de contradicción como pensaban los más rígidos funcionalistas. El gran etnólogo inglés, tras su experiencia, pidió a los antropólogos que aprendieran de los historiadores a criticar los documentos y a percibir el tiempo y el cambio (Evans-Pritchard, 1970).

En nuestros días son muchos los antropólogos que realizan estudios de historia y los historiadores que realizan estudios de antropología. La antropología aporta principalmente al historiador dos elementos: nuevas fuentes y nuevos métodos y técnicas, que les sirven para tratar temas con los que la historia no se ha familiarizado hasta fechas muy recientes. Porque, siendo el texto escrito, los vestigios materiales y las fuentes orales las principales herramientas de que dispone el historiador, la documentación escrita es lo que más ha privilegiado. Como se ve, durante mucho tiempo se ha excluido del terreno de la historia a los vestigios materiales, que quedaron sólo a expensas de los arqueólogos, y las fuentes orales, sólo en manos de antropólogos y sociólogos. Asimismo, la historia debe a la antropología la ampliación del concepto de cultura. Como bien expresa R. Mandrou (*apud*, Martínez Shaw y Sánchez Martínez, 1980: t. I, 457), especialista del tema, si antes el término sólo definía a las elaboraciones eruditas que eran patrimonio de las clases dominantes, ahora la nueva concepción cubre las creaciones populares, las visiones del mundo y los modos de vida del conjunto de la sociedad.

La interdisciplinariedad entre ambas ciencias ha desembocado en algo totalmente nuevo, creando un neologismo híbrido: la etnohistoria como método, o la unión de un sustantivo con un epíteto: la antropología histórica. En tal sentido, es evidente que en las proyecciones de una «nueva» historia², la antropología se convierte en la interlocutora más privilegiada y que desplace a la historia económica y social del frente pionero conservado hasta la primera época de los *Annales*.

La etnohistoria, que en sus inicios se consideró un método complementario a la arqueología, la lingüística histórica y la etnología, y que solo estaba circunscripta al estudio de sociedades «primitivas» o ágrafas, logró rebasar este encasillamiento tras el análisis e interpretación de sociedades pretéritas estudiadas por el historiador y sobre las que existe una abundante información documental (Carmack, 1972:227-249).³

Pilar Sanchiz Ochoa ha manifestado en el *Diccionario temático de Antropología*:

«No se trata ya de hacer reconstrucciones macrotemporales -algo que marcó diferencias en tiempos entre la antropología y la historia-, ni de analizar el cambio

² Aquí la denominación «nueva» historia solo se utiliza para distinguir al momento historiográfico iniciado por los fundadores de los *Annales*, tras la renovación de determinados métodos históricos (por ejemplo, los cuantitativos), y al hacer más cohabitante la interdisciplinariedad con otras ciencias sociales como es el caso de la antropología, la económica, la sociología y la psicología. Tal vez la historia social sea la forma más dinámica de ese movimiento al mostrarse como historia total o de síntesis, como aplicación de los métodos de las ciencias sociales y como historia del «pueblo». (Vid.: Wilson, 1993; Cardoso y Pérez, 1976:289-293; Casanova, 1991:30-34; y Archila, 1999:251-285).

³ De extraordinaria utilidad para este estudio es el trabajo de Marcel Gauss (1971); este autor muestra especial interés por el nivel de las costumbres, la manera de alimentarse, vestirse y habitar. También ha sido beneficioso el libro de Emmanuel Le Roy Ladurie (1981), considerado obra maestra de la antropología histórica.

social en dilatadas etapas, sino de analizar estudios de cambio social a nivel microtemporal, abarcando períodos cortos -lo que tradicionalmente ha ocupado la atención de los historiadores- y analizar los sistemas sociales de épocas pasadas al igual que se analizan en la actualidad.

»Esta nueva etnología (o antropología histórica) centra su interés en las realidades sociales y las bases estructurales y son las situaciones periódicas las que nos llevan a establecerlas. Se concibe la estructura como la persistencia de un sistema de acciones organizado que exhibe un cierto grado de comunidades temporales, y, para llegar a establecerlo, es fundamental atender no a los hechos excepcionales, sino a las situaciones diarias, a lo habitual; no a las personalidades, sino a la gente común; en suma, a los diversos aspectos de la vida comunitaria. (Sanchiz Ochoa, 1993:271).

Desde estas perspectivas, la antropología histórica, mal considerada como legítima heredera de los estudios de las formas de la vida cotidiana (Burguière, 193:271), se define como una historia de los comportamientos y los hábitos (físicos, gestuales, alimentarios, efectivos y mentales), y entre sus más significativos precursores destaca Fernand Braudel con *Civilización material, economía y capitalismo...* (1984)*; porque, este autor, recurriendo a la valoración que realiza André Burguière en el *Diccionario de ciencias históricas*:

«No se ha contentado con enumerar los objetos que poblaban el universo cotidiano, sino que ha mostrado cómo los grandes equilibrios económicos, los circuitos de intercambios fabricaban y transformaban la trama de la vida biológica y social; cómo los comportamientos integraban en el gusto, en los gestos repetidos de tal producto alimentario importado recientemente de otro continente... o de otra clase social, transformando la innovación en hábito» (Burguière, 1988:45-46).

Uno de los campos en que más ha avanzado la antropología histórica es en el de la historia de la alimentación, con todas sus connotaciones sociales, económicas y psicológicas. Investigaciones que despiertan bastante interés y que profundizan, además de en el estudio del consumo, las cantidades y la naturaleza de los alimentos, en los equilibrios calóricos y nutricionales, y en la historia del gusto, de los productos, de las técnicas y de los comportamientos alimentarios⁵. No obstante constituir el estudio del universo mental su parcela más fecunda; porque, desde el ámbito de las mentalidades (creencias populares, ritos, vida religiosa, culturas minoritarias, etc.), la antropología vuelve a

* Otra obra significativa, anterior a la citada de Braudel, que también puede adscribirse a la historia antropológica es de Marc Bloch (1988). Para Bloch las prácticas taumaturgicas de los soberanos europeos son una clave para comprender las complejas relaciones entre saber, magia, poder y religión que han dibujado el rostro de la civilización occidental.

⁵ Importante es la obra de Pierre J. B. Legrand d'Aussy (1782). Desde el examen de sus costumbres alimenticias, este historiador autodidacto de la Francia decimonónica, analiza cada tipo de alimento con la inclusión de la historia y la técnica de su producción, la forma en que se extendió en las diferentes capas de la sociedad y el modo de consumirlos. De manera no cronológica, se refiere a los cereales, las carnes, las bebidas, etc.; pero algo significativo es que hace coincidir a una historia de la producción,

conquistar a la historia, penetrándola por abajo, estudiando las expresiones más anodinas y menos formuladas de la vida cultural: el folclore (Burguière, 1988:60; y, 1991:46). De la misma manera que se hacen aportaciones sensibles para la historia de la familia y el parentesco, de la técnica, de la simbolización del cuerpo y de las representaciones del poder.

Intentar presentar un balance de las investigaciones que historiadores y antropólogos realizan en este sentido sería ilusorio. Cada día son más diversos los temas y los retos que se afrontan, ya que la antropología histórica no tiene un campo propio y las cuestiones que aborda suelen pertenecer a otros sectores de la historia. Pero, como afirma A. Burguière (1991:48): «Es ante todo un esfuerzo para relacionar la evolución de una institución, de un tipo de consumo o de una técnica con su resonancia social y con los comportamientos que ha engendrado. Es, pues, una labor de totalización o más bien de puesta en relación de los diferentes niveles de la realidad».

En cualquier caso, afirma el gran medievalista francés Jacques Le Goff: «La nueva historia ha ensanchado el campo del documento histórico; ha sustituido la historia de Langlois y de Seignobos esencialmente fundada sobre los textos, sobre el documento escrito, por una historia fundada sobre una multitud de documentos: escritos de todas clases, documentos con figuras, productos de las excavaciones arqueológicas, documentos orales, etcétera. Una estadística, una curva de precios, una fotografía, una película, o para un pasado más lejano, polen fósil, una herramienta, un exvoto son, para la nueva historia, documentos de primer orden» (Le Goff, 1988:266).

No obstante, agrega tan eminente investigador y uno de los más influyentes historiadores de la segunda mitad del siglo XX: «no deja de crear problemas el acercamiento entre historiadores y antropólogos. En los últimos decenios, la antropología se ha desarrollado sobre todo en los campos extraeuropeos, dejando el terreno libre en el campo de las sociedades desarrolladas al folclore -agrupador de una riqueza con frecuencia mal o poco explotada- reducido a la situación de una etnología del pobre. Con este folclore la nueva historia se siente a menudo al mismo nivel, mientras que la antropología sigue sin prestarle mayor atención. Por otra parte, la nueva historia se ha interesado preferentemente por una etnología de las diferencias, al paso que la antropología -y no sólo bajo la influencia del estructuralismo- se ha orientado hacia el hombre, abstracción siempre poco atractiva para la nueva historia. El pensamiento de los salvajes interesa a los historiadores más que el pensamiento salvaje, pese a la importancia de la obra de Claude Lévi-Strauss para toda una nueva generación de historiadores de los mitos» (Le Goff, 1988:283).

del *consumo* y, por último, del *gusto*. Por la vigencia en los planteamientos metodológicos, también a Marc Bloch (1914: t. XIV). Asimismo, entre la amplia bibliografía que abunda en el tema de la alimentación destaco a: R. Arié (1975:431-444); Fernand Braudel (1984:3 t); M. C. Carlé (1977:246-341); A. Eiras Roel (1974:105-148); M. Enriquez Morales y J. E. Gelabert González (1978:617-635); M. Espadas Burgos (1973:235-287; 1975:537-565; 1968:594-623; y 1975:t. IV, 139-151); M. Martínez Llopis (1981); V. Palacio Atard, 1969: 279-288); Jacques Revel (1988: 24-26); C. Ritchie (1986); P. Vidal de la Blache (1911: n.º 111, 193-212; y, 1911: n.º 112, 289-309); Max Sorre (1948 : n.º 306, 1948, 97-108; y, 1948: n.º 307, 193-204); José Rafael Lovera (1988: 28-29); Víctor Manuel Patiño (1990); J. Contreras (1993); y M. Montanari (1993).

Con todo, J. Le Goff, en su continúa búsqueda de respuestas a muchas de las interrogantes surgidas en torno al quehacer del historiador en los tiempos presentes, considera que la «nueva» historia «que se hace cargo de él todo entero en su duración secular» y «que le ilustra en las permanencias y en los cambios», es quien mejor «le ofrece el equilibrio entre los elementos materiales y espirituales, lo económico y lo mental y le propone opciones sin imponérselas» (Le Goff, 1988:288). Postura que él mantiene y que viene haciéndose más evidente desde la aparición de *El nacimiento del purgatorio* (Le Goff, 1989), obra enmarcada dentro de una historia sociológica de las mentalidades, tendencia a la que me referiré en el siguiente acápite.

III

LOS NUEVOS CAMINOS DE LA HISTORIA FAVORECEN EL ESTUDIO DE LA CULTURA MATERIAL

De esta afirmación dan fe los múltiples y variados trabajos que en la actualidad se refieren a las manifestaciones de la cultura material, ya no solo como fuentes para el investigador sino como objeto de estudio en el entramado de las relaciones sociales y los engranajes económicos; sin que estos sean promovidos, necesariamente, por investigadores de formación marxista.

La historia de la cultura material ha venido cobrando mayor singularidad con el empuje de la arqueología, la historia económica y la historia de las técnicas, y no debe descuidarse la incidencia que también manifiesta -no obstante los nuevos enfoques históricos o antropológicos- en la historia de las mentalidades, la microhistoria, la vida cotidiana, la historia social y las historias de vida, lo que igualmente hoy alcanza ser de utilidad en la nueva historia de la cultura; porque viene facilitando a todas estas corrientes -tal vez a una más que a otras- los objetos materiales como fuente histórica, con los que también algo se puede inferir acerca de una determinada situación social en el tiempo. Pudiendo ser lo más común entre todos estos campos del saber -aún cuando en algunos de ellos se defiendan o se rechacen las investigaciones globalizadoras y las condicionantes de lo abstracto como acción y resultado de lo histórico- la búsqueda del equilibrio entre lo material y lo mental: las dos dimensiones que abarcan lo humano, sin tener necesariamente que despersonalizarlo o imponer fronteras.

A propósito de los extremos, ni ha sido buena la trivialización de los más ortodoxos pensadores marxistas, ni la es hoy la de los que hacen de las representaciones mentales el motor fundamental de la historia (Fontana, 1982:167-184 y 1992:101-112). Respecto a los primeros, tanto dimensionaron las estructuras materiales que no prestaron la suficiente atención a los fenómenos mentales. De los segundos, Heinrich Fichtenau (1991:XVIII), al referirse a la historia de las mentalidades, ha advertido que «los productos del pensamiento y la interpretación no pueden separarse de la existencia de la gente en este mundo».

Mucho papel se ha llenado al escribir el análisis de las nuevas tendencias historiográficas, en particular con la llamada postmodernidad que rechaza toda teoría -especialmente la marxista; al decir de Julio Aróstegui (1995:139-140): «bajo la máscara de una búsqueda de nuevas aproximaciones a lo humano»- y tendiente a cuestionar la capacidad de la historia por conocer el pasado con la actitud relativista que atribuye a las ciencias. Por ejemplo, una de sus principales críticas es al papel de las fuentes para conocer la verdad histórica, al «otro». Se señalan todos los peligros tales como las diferencias de culturas o la imposibilidad de despojarse del presente, el eurocentrismo o la crítica al progreso (Touraine: 1993; Lyotard: 1983; Sebrelli: 1992; Hellere y Féher: 1989; Morales Moya, 1992:15-38; y, Aróstegui, 1993: 89-96). Todas pueden estimarse justas, pero no pueden nunca llegar a anular la noción de verdad. Al analizar este movimiento, Josep Fontana ha considerado que lo más que se pretende es «un desarrollo extremo de la reducción de la historia a lo meramente cultural, que implica la negación de todo tipo de visiones de conjunto [...], el rechazo de las periodizaciones y de las interpretaciones globales, el reemplazo del *grand récit* de la Historia en mayúsculas por el *petit récit* de las historias en minúsculas y de las afirmaciones sobre la realidad por metáforas» (Fontana, 1999:271). Aunque, sin dejar de reconocer «que existen formas de tomar en cuenta buena parte de los problemas que ha denunciado el postmodernismo -de enriquecer nuestro utillaje con nuevos métodos, sin desdeñar nada que pueda resultarnos útil desde un punto de vista instrumental» (Fontana, 1999:274-275); porque, J. Fontana, desde su experiencia y reconocidísima autoridad, considera que «no parece que los principios del postmodernismo le sirvan [al historiador, en concreto] más que como herramienta crítica para corregir errores de visión y como cautela sobre todo en el análisis de los textos» (Fontana, 1999:274). Siendo cierto, además, que en la mayor parte de las historiografías se dejan ver las influencias del postmodernismo antropológico, en concreto, el motivado por Clifford Geertz y sus seguidores.

Se sabe que la escuela francesa de los *Annales*⁶ reclama para sí los antecedentes de aquellos puntos de vista que algunos llaman «historia de las mentalidades». Hay quien suele incluir a la «microhistoria» dentro de ella; aunque uno de sus mejores intérpretes, Carlo Ginzburg rechaza esta concomitancia, adscrito a la «nueva historia cultural» que reduce la escala de análisis y designa un paradigma inicial desde el que se hacen conjeturas. También la historiografía francesa y alemana enfatiza en «la vida cotidiana» como objeto de estudio, mientras que los ingleses -incluyendo a Eduard Palmer Thompson (1994, 1988 y 1981) y Eric Hobsbawm (1997, 1995 y 1994) en su última etapa- pretenden la renovación de su llamada «historia social».

Ahora se habla de la «nueva historia de la cultura», la que se arroga la atención de los problemas simbólicos en la sociedad y pretende una visión más abstracta de la acción del hombre; y es resultado del acercamiento de la historia a la antropología. Los historiadores norteamericanos últimamente trabajan mucho con las llamadas «historias

⁶ La bibliografía al respecto es amplia, por lo que solo me remito a algunos de los autores que más han incidido en el análisis de esta corriente: Marc Bloch (1952); Lucien Febvre (1959); H. Couteau-Begarie (1983); T. Stoianovich (1976); F. Dosse (1988); Peter Burke (1993^a y 1993^b); Roger Chartier (1996 y 1992); y J. H. Hexter (1979).

de vida», aunque sin dejar de lado el historicismo tradicional al ocuparse de la historia de su país.

Respecto a la «vida cotidiana», término igual de ambiguo que el de historia de las mentalidades y estudios que responden a una «gran orfandad teórica» -valiéndome de la expresión del profesor de la Universidad de Oviedo Jorge Uría González (1996:4), ha de reconocerse que incide bastante en la transmisión de los conocimientos de la cultura material; porque son raros los libros acuñados como de la vida cotidiana que no incluyan capítulos, aunque sean descriptivos, de la alimentación, el vestido, la vivienda y los medios de transportes, las manifestaciones más significativas de la cultura material.

Sin embargo, evaluando sus aportes teóricos -los aspectos que más interesan subrayar-, es válido apuntar que siendo una colección ya antigua, la noción de vida cotidiana es de las más vagas. Jean-Marie Pesez (1988:130) le otorga un espacio particular a estas obras por estar abiertas a la cultura material, pero igual aclara que durante tiempo dejaron de dar trato de privilegio al acontecimiento histórico. Como Pesez, Uría González (1996:4) considera, al analizar la realidad epistemológica en torno a los estudios de la vida cotidiana, que «no se acaba por hilvanar estos datos con un modelo coherente de evolución histórica», y para dar muestra de ello pone como ejemplo lo enunciado por Jean d'Escola en el prólogo de *La vie quotidienne en Espagne...*, quien intentaba con su estudio: «penetrar en la intimidad de sus habitantes, de verles vivir, trabajar, distraerse, viajar, amar y hacer la guerra» (d'Escola: 1971, *apud* Uría González, 1996:4). Agregando el profesor asturiano que, en el conjunto de la obra referida: No se completan las acusadas diferencias que pueden existir en prácticas como éstas entre los distintos grupos sociales. No se considera que fenómenos aparentemente invariables, pueden acabar siendo bastante más móviles y estar más sujetos a coyunturas históricas de lo que pudiera pensarse a primera vista» (Uría González, 1996:4)⁷.

Pese a todo, los estudios de la vida cotidiana, aún sin equilibrar con mayor precisión los aspectos materiales y espirituales, continúan dando prueba de gran vitalidad, y existen muestras en las que se ha repudiado la anécdota, se reduce la descripción por la descripción y donde no solo prevalecen las fuentes literarias, como es el caso del libro de Philippe Contamine (1976).

Por ejemplo, cuando he estudiado la cultura material del pueblo cubano en los primeros 68 años del siglo XIX (Sarmiento, 2004) y de su Ejército Libertador en el período 1868-1898⁸, también afloran momentos de la *vida cotidiana*; que, como sucede con otros aspectos inmateriales, son imposibles de separar; todavía más, cuando se pretende hacer uso de los aportes que engloba. Tanto porque realzan la función social de determinadas manifestaciones, incluyendo los objetos que la componen, y el investigador extrae de ellos el máximo de información, como porque a través de ese vínculo se puede

⁷ Es interesante, además, el análisis que este autor realiza, a pie de página, del término «vida cotidiana» y sobre todo el seguimiento que hace de los estudios que integran la colección, todo lo que induce a pensar que el corpus historiográfico o disciplinar «parece así caminar al margen de la tradición microsociológica plasmada desde obras como la de Erving Goffman, hasta llegar a la etnometodología sociológica de Harold Garfinkel o Zimmerman, o el «conversacionalismo» de Sacks, Schegloff o Jefferson».

⁸ Ismael Sarmiento Ramírez (en prensa).

mostrar una de las múltiples formas en que se relacionan los hombres y se gesta la identidad colectiva.

La interrelación que establezco, cultura material-vida cotidiana, no es un hecho casual o específico de la metodología que aplico, aun cuando sea poco usual, por ejemplo, en los actuales estudios con temática militar⁹. Tal esquema ha sido empleado por otros reconocidos investigadores, entre los que destaco al francés Fernand Braudel (1984), el mexicano Jesús Rubalcava Mercado (1987), la argentina Josefina Racedo (1988), al colombiano Víctor Manuel Patiño (1990) y la alemana Christine Hünefeldt (1992)¹⁰.

En el caso de la «historia de las mentalidades»¹¹ se ha reaccionado contra la visión distanciada del hombre en su realidad cotidiana, al aportarse un campo vasto de posibilidades a la investigación histórica y, por ende, mejorarse el conocimiento de una sociedad en el pasado; además de permitirse el manejo de nuevos conceptos, el empleo de nuevas fuentes y el tratamiento de la documentación desde nuevos ángulos.

Influida por las ideas del marxismo que penetraron grandemente en la generación de historiadores de los años sesenta del siglo XX, la historia de las mentalidades se ocupa de cómo vivían y pensaban los hombres más comunes, en contrapartida al historicismo que atiende primordialmente personalidades políticas y militares en su quehacer extraordinario.

¿Qué pensaban y hacían la generalidad de los individuos, y cuáles eran sus ideas religiosas y sus utopías? Si partimos de estos criterios de conciencia colectiva, de la búsqueda del quehacer del hombre común y de la materialización de su labor cotidiana, no es difícil fundamentar la importancia del conocimiento de la cultura material dentro de las mentalidades. En este caso, como una fuente útil para el antropólogo y también para el historiador.

Uno de los conceptos empleados por la llamada historia de las mentalidades es el de «larga duración» (Vovelle, 1988:358-387). Y aquí también la cultura material no queda constreñida al terreno de la arqueología, la historia económica, la antropología o la historia del arte, porque puede convertirse en documento singular para determinar la práctica laboral y hasta la forma de pensar de una época entre los que se ha dado en llamar *los de abajo*. De este modo, dentro del amplio espectro de cuestiones que estudia la historia de las mentalidades, la historia de la cultura material tiene incidencia en la conjugación de lo individual y lo colectivo, sin ignorarse peculiaridades de sus manifesta-

⁹ De las obras con temáticas de guerras o de ejércitos que destacan aspectos de la cultura material entremezclados con la vida cotidiana, además de la antes citada de Philippe Contamine (1976), destaco las de Robert Lacour-Gayet (1957); Alberto Crespo *et alii* (1975); María Poumaier (1975); y Juan Marchena Fernández y María del Carmen Gómez Pérez (1992).

¹⁰ Otras bibliografías que profundizan en los aspectos de la vida cotidiana aquí enunciados son las siguientes: Jesús Ibáñez (1994); Román Reyes (1992); Agnes Sèller (1991 y 1972); Philippe Ariès y Georges Duby, coord. (1989); Tomás Ibáñez (1988); Emile Durkheim (1982); Mauro Wolf (1979); Henri Lefebvre (1972); Amando de Miguel (1969); y Julio Caro Baroja (1968).

¹¹ Vid.: Michel Vovelle (1989); Philippe Ariès (1988: 460-481); Georges Duby (1961:937-966); Robert Mandrou (1968: t. VIII, 436-438); Jacques Revel (1991:470-477); y Jacques Le Goff (1980: t. III, 81-98).

ciones cuando se estudia la familia, las fiestas, los rituales domésticos, el nacimiento, el matrimonio o la muerte. Siendo así, que es lo más afirmativo: ¿por qué la historia francesa de las mentalidades terminó cayendo en la trampa de obviar la temática social?, aún cuando J. Le Goff (1980:96) advertía que «sería craso error separarla de las estructuras y de la dinámica social»; una unidad que tanto Robert Madrou (1961), como el mismo J. Le Goff (1964), veían factible mantener, tal como antes lo había logrado Marc Bloch (1987): paradigma de una historia total. R. Madrou realiza una historia de las mentalidades sin renunciar a la historia social y, sobre todo, siendo capaz de estudiar, al mismo tiempo, aspectos de la alimentación, las enfermedades, la fiesta y el juego; los sentidos, las emociones y los mundos imaginarios; los oficios, las clases y otras solidaridades sociales; las coyunturas económicas y mentales. Por su parte, J. Le Goff, en la síntesis que ofrece de la evolución económica, política y mental de la Edad Media, también analiza en conjunto las innovaciones técnicas, las luchas de clases y las mentalidades simbólicas. Y en los años ochenta, tras la evolución, la corriente de las mentalidades poco a poco fue perdiendo su ligazón con la historia social y económica, renunciado en buena medida a la historia-problema.

Carlos Antonio Aguirre Rojas, destacado investigador mexicano y miembro fundador de la Association Marc Bloch, ha clasificado en cuatro «modelos» las distintas historias de las mentalidades que se han publicado hasta el año 1999 (Aguirre Rojas, 1999:85-97); encomiable labor que permite tener una idea más amplia en cuanto a la diversidad temática de la corriente, su ambigüedad e indefinición, los aspectos más criticados por sus detractores. He aquí solo una síntesis de lo aportado por este autor:

1. El modelo de una historia autóctona, autosuficiente y casi idealista de las mentalidades. Modelo que se ejemplifica en la obra de Philippe Ariès (1983) [...] hace abstracción por completo del contexto social general, y de los cambios reales y materiales de las sociedades que han elaborado y desarrollado estas formas diversas de morir, para intentar explicarlos solo a través de factores exclusivamente psicológicos, como el progreso de la conciencia de sí, el rechazo frente a la naturaleza salvaje, o las creencias en la vida después de la muerte y en el mal.
2. Un segundo modelo de historia, o más bien de arqueología y genealogía de las estructuras discursivas y de los fundamentos subyacentes a la construcción misma de los discursos [...] asociado a ciertos trabajos de Michel Foucault (1986, 1976^a y 1976^b), que rechazando explícitamente el concepto de mentalidades, y también el objeto de reconstruir un problema desde una secuencia histórica lineal y cronológica tradicional, va sin embargo a prolongar en alguna medida el tipo de historia de las mentalidades propuesto por Lucien Febvre (1959).
3. Un tercer modelo de historia que podríamos llamar neopositivista o puramente descriptiva de las mentalidades. Es decir, una variante que sobre la base del abandono de las perspectivas de la historia global y del debate metodológico fuerte que había caracterizado a los *Annales* de los años 1929 a 1968, ha cultivado trabajos casi puramente *descriptivos* y *testimoniales* de la historia de

la familia, de historia del cuerpo, de historia de una revuelta campesina medieval, de historia de la muerte, etc.

4. Una cuarta vertiente sería la de una historia sociológica o socioeconómica de las mentalidades, ejemplificada en los trabajos de Georges Duby (1980). Una aproximación que intentando más seriamente imbricar estas mentalidades con los contextos sociales y económicos-sociales que las enmarcan, se ha dejado influir de manera importante por ciertos aportes del marxismo. Y entonces, recuperando el trasfondo esencial de la división en clases sociales y de la lucha de clases, y también la ubicación de estas mentalidades dentro del conjunto de la totalidad social, esta historia de los fenómenos de la mentalidad se acerca mucho más que los otros modelos a las viejas perspectivas de la historia global defendida y promovida por Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel. [Dentro de este cuarto modelo puede incluirse a J. Le Goff (1989). Asimismo, no se trata de una historia marxista pero tampoco tiene demasiado eco dentro de las páginas de los terceros *Annales*] (Aguirre Rojas, 1999:91-92).

Con todo, hoy lo que más se pretende hacer es una historia verdaderamente social de las mentalidades y que dos direcciones que han debido estar tan unidas como la del estudio de la base material y la infraestructura, y la del estudio de la base mental y la superestructura, dejen de estar alejadas en las perspectivas de los historiadores. Algo muy significativo en este anhelo de unidad, ha anunciado Carlos Barros (1992: 14), es la introducción de las mentalidades en la explicación de los fenómenos históricos por conocidos historiadores franceses marxistas como Alain Boureau (1989:1491-1504) y Pierre Vilar (1988:501-506); existiendo, en cualquier caso «un denominador común tocante a la viabilidad y utilidad presente y futura de la historia de las mentalidades: la necesaria fusión con los viejos modos de hacer la historia coadyuvando a su renovación».

En efecto, desde el segundo lustro de los años ochenta, en que comienza a caer en desuso la historia de las mentalidades en Francia, se despierta una nueva concepción que, sin salir de este mismo campo problemático, apuesta por la «historia social de las prácticas culturales» o «la historia cultural de lo social» o «la historia sociocultural». Movimiento que promueve la cuarta generación de *Annales*, entre los que figuran autores como Roger Chartier (1999), con un libro que recoge sus textos fundamentales en torno a la historia cultural (Chartier, 1999), y Alain Boureau (1989:1491-1504). Ellos, desestimando el término «mentalidades», más connotativo y descriptivo que analítico y riguroso, aprueban el de «nueva historia social de las prácticas culturales»¹²; porque,

¹² La nueva historia social de las prácticas culturales o historia sociocultural se adscribe a «la nueva historia cultural», modelo que pone en circulación Robert Darnton, después de publicar *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Culture History*, (1984), pero su nombre lo consagran Lynn Hunt y otros autores, entre los que destacan: P. O'Brien, S. Desan y L. Kramer (1989). La nueva historia cultural, enfoque discursivo-simbólico de la realidad a estudiar, ha mantenido -utilizando las palabras de Julio Aróstegui (1995: 144)- «una posición proclive a globalizar sus visiones y a trascender tanto a la vieja historia cultural, que era historia intelectual sobre todo, como a la historia social, que era por su parte historia estructural». Al «mundo de las representaciones» es a quien concede el máximo de interés y, aunque la mayor parte de los que se vinculan a esta corriente desechan los basamentos de una historia «social de la cultura», Roger Chartier ha demostrado, desde el universo de la representación, la relación recí-

como explica C. A. Aguirre Rojas (1999:94), «propone una visión de los temas culturales en la cual se vuelve *obligada* la interconexión de esa cultura con su entorno social y material, a la vez que se abre su operacionalidad para ser capaz de reflejar la diversidad, dentro de una misma sociedad, de las distintas expresiones culturales de las clases y de los grupos sociales que la constituyen»¹³.

La microhistoria -la vuelta al sujeto individual de lo histórico-, siendo una práctica historiográfica existente en Italia desde antes de 1976, cobra fuerza a partir de ese año, tras la aparición del libro de Carlo Ginzburg (1981), en torno al cosmos de un molinero del siglo XVI. Con máxima precisión, Giovanni Levi (1993:122) ha asegurado que esta corriente «se basa en esencia en la reducción de la escala de la observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental», para así razonar sobre procesos más generales y tipificarlos; y, desde este prisma microhistórico, también, la escala de observación puede reducirse en los exponentes de la cultura material como lo han hecho Francisco Ramella (1984) con la introducción del telar¹⁴ y Mijail Bajtin (1998) con *La cultura popular en la Edad Media: un mayor significado a las relaciones que se establecen entre los hombres*. Otro de los aspectos significativos de los microhistoriadores es el interés que prestan a los estudios de historia local, resultados con los que pretenden hacer de lo particular un «caso» de lo general¹⁵.

Vuelvo a insistir en que no es mi intención entrar a discernir si algunos de estos modelos historiográficos resultan de mayor o menor validez para la historia; considero que todos han incidido en el trazado del nuevo camino que ha tomado la disciplina y que pueden aportar soluciones idóneas al mejor conocimiento del hombre, además de proporcionar muchas de las metodologías que se emplean mayoritariamente en las ciencias sociales modernas. A mi modo de ver, lo que importa es que la visión de la historia entre sus profesionales sea más humana en contraposición a la etapa en la que lo más que importaba eran las estructuras y las estadísticas. Aquí ha tenido que ver mucho el marxismo por sobredimensionarse una de sus vertientes, la del estudio del entramado proca que existe entre la historia cultural y la historia social; aun cuando persiste en buscar la manifestación de lo mental. Para Chartier, con las nuevas propuestas, se pasa de «la historia social de la cultura» a la «historia cultural de lo social», un derrotero que se vuelve laberíntico si partimos de la ambigüedad que mantiene la actual historiografía; y me refiero a una de las corrientes que manifiesta más claridad en la actualidad.

¹³ Y así prosigue esta valoración de Carlos Antonio Aguirre Rojas:

«Porque frente al concepto de mentalidad, que respecto de su contexto social general tiene una relación totalmente indefinida y, por tanto, *aleatoria*, el concepto de prácticas culturales diferenciadas remite en cambio, necesariamente, a la mentalidad misma de los procesos culturales, y, en consecuencia, tanto a los fundamentos sociales y económicos de esas prácticas, como a los espacios y modos reales y concretos de construcción de los mensajes y de las ideas, junto a los mecanismos y figuras reales de su circulación, distribución y apropiación. Además, y al insistir en que se trata de una historia social de esas prácticas culturales; es decir, el hecho de que esas prácticas son siempre expresiones culturales de las propias realidades y fenómenos sociales, a las que se ligan y reproducen de manera compleja y mediada» (Aguirre Rojas, 1999: 94).

¹⁴ Véase, además, a: Cesare Morandini (1999: 237-268); más otros trabajos de la colección «Microstorie», Ed. Einaudi, Turín.

¹⁵ P. Ruiz Torres (1989:71-92). Otras bibliografías recomendables: J. García (1995:189-222); y, Justo Serna y Analet Pons (1993:93-133 y 2000).

social, y el «estructuralismo» -interpretación de la historia-; esto último con recursos metodológicos lingüísticos aportados por Lévi-Strauss. «La cliometría», en cambio, fue una moda en los años setenta del siglo pasado influida por la estadística sociológica, llenó de números y porcentajes nuestros libros con una gran falta de sensibilidad para los problemas del hombre, que muchas veces en ellos solo encarnaban cifras. Sin embargo, ninguno de los dos análisis, el estructural y el cliométrico, son despreciables si se toman sin exageraciones. Los estudios estructurales dan garantías de aproximación a la verdad histórica, al establecer generalizaciones y sistematizar un tipo de sociedad, al mismo tiempo que ubican las particularidades en su justo espacio y tiempo. Precisamente en mis investigaciones que antes he citado dispongo de análisis estructurales para conocer las características económicas y de clases de la sociedad colonial cubana en el siglo XIX.

En la observación de la realidad, el historiador no puede prescindir del análisis estructural, lo que facilita la inserción y valoración justa de lo singular. De no tenerse en cuenta este método, por ejemplo en mi caso, era imposible precisar las características de la cultura material en el período de las luchas independentistas cubanas y es por eso que se hizo imprescindible el estudio de la economía y la sociedad hasta el estallido de las mismas (Sarmiento, 2001^a: 95-109 y 2004).

También, no en pocos de mis estudios, he acudido a las estadísticas para dar una visión dinámica de muchas de las valoraciones económicas y sociales de la Cuba decimonónica; las que permiten, de una ojeada, percibir los problemas de mercado, trabajo, crecimiento poblacional, etc. Parte de los cuadros que se exponen se han confeccionado con la información numérica que proporcionan las fuentes documentales (en particular, padrones y censos del período), aunque en otros casos proceden de tablas ya elaboradas en libros especializados al respecto (Sarmiento, 2002:24-57; 2001^b:140-157; 2000:107-128; y 1998:139-154).

Asimismo, del campo de la historia demográfica he utilizado los procedimientos técnicos que considero imprescindibles para el estudio de la población cubana de los primeros 68 años del siglo XIX (Sarmiento, 2004). Por lo que me valgo de descripciones cuantitativas -en la mayoría de los casos, datos sacados de los censos estadísticos de los años: 1810, 1817, 1827, 1841, 1846, 1862 y 1868-, con las que analizo la estructura de la población y los movimientos migratorios, por ejemplo: el total de los habitantes y su distribución entre los sectores rurales y urbanos, con su repartición socio-profesional y su ordenación por edad y por sexo¹⁶.

Tampoco han pasado por alto los aportes de la historia de las técnicas, una disciplina relativamente joven y «un aspecto del elemento humano de la cultura material: la experiencia del hombre en el trabajo». Análisis que realizo a partir de los estudios de Jean-Marie Pesez (1988:128), los que han tenido máxima utilidad para estudiar los medios de transporte rurales, la navegación de cabotaje con buque de vapor y la puesta en marcha del ferrocarril, en la Cuba decimonónica (Sarmiento, 2004).

¹⁶ Básicamente, me he apoyado en las obras de Philippe Mouchez (1977).

Como se ha visto, la historia de la cultura material se complementa y se nutre de otros métodos y técnicas de investigación que son válidos tanto para profundizar en su contenido intrínseco como para justificar su presencia en los diferentes campos del saber humano. No obstante, sin los conocimientos técnicos de las artes mecánicas y sin los estudios técnicos realizados –por ejemplo: sobre el tiro de caballos, los aperos de labranza, la construcción de casas de madera y los antiguos tejidos, entre otros– sería imposible la historia de la civilización material, y sin los conocimientos que aportan los objetos de la cultura material, en estrecha relación con el universo de los hombres y de sus relaciones sociales, no tendría sentido la historia de las técnicas; puesto que, como manifestó L. Lefebvre (1935): «La actividad técnica no puede aislarse de las demás actividades humanas». Asimismo, retomando la afirmación de Bertrand Gille (1988:588): «El sistema técnico, en cada época, se halla confrontado a los otros sistemas que regulan las actividades humanas, sistema social, sistema político, sistema jurídico, etc.». Pese a que, con tal conexión y aun cuando hoy en día se hace indispensable esta colaboración, siguen sin elaborarse los instrumentos materiales y conceptuales que toda ciencia reclama para sí.

Desde los tiempos en que André Leroi-Gourhan escribió *Evolución y técnicas* continúan sin comprenderse del todo los problemas estructurales de la historia de la cultura material en cuanto a las relaciones que se establecen entre las técnicas. Leroi-Gourhan (1988:23) adelantó «que quien posee el huso tiene también el molino y el torno del alfarero», y todavía hoy seguimos sin hallar una total coherencia en los hechos que estudia esta disciplina (Pesez, 1988:129).

Tanto la historia de la cultura material como la historia de las técnicas, presentan como problemas mayores el de las fuentes y el de las cuestiones metodológicas. Aun cuando se encuentran bibliografías de máxima utilidad, no existe repertorio ni siquiera el esbozo de una tipología de las fuentes; y, al agruparse caracteres tan variados, no resulta fácil elaborar métodos de investigación generales, pues pueden variar mucho de una manifestación y de una técnica a otra¹⁷. Los mismos inconvenientes que he tenido que enfrentar para poder formular la metodología en mis estudios.

¹⁷ Para más información de la historia de las técnicas véase, además de Lucien Febvre (1935: 531-535); André Leroi-Gourhan (1988); y Bertrand Gille (1988:556-590), los siguientes estudios: Charles Joseph Singer *et alii* (1954-1958); Maurice Daumas, coordinador (1996); Bertrand Gille, coordinador, (1978); Maurice Daumas (1969:5-32); Bertrand Gille (1972:3-65); James F. Burke y Robert Ornstein (2001); y Bertrand Gillet (1978).

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE ROJAS, C. A. (1999): «¿Qué es la historia de las mentalidades? Auge y declinación de un tema historiográfico». En Carlos Antonio Aguirre Rojas: *Itinerarios de la historiografía del siglo XX. De los diferentes marxismos a los varios Annales*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, pp.85-97. La Habana.
- ARCHILA, M. (1999): «¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) Historia Cultural». En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n.º 26, pp. 251-285.
- ARIÉ, R. (1975): «Pour l'histoire de l'alimentation. Quelques remarques de méthode», *Annales E.S.C.*, XXX, pp. 431-444.
- ARIÈS, Ph. & G. DUBY (dir.) (1989): *Historia de la vida privada*. Taurus. Madrid.
- ARIÈS, Ph. (1983): *El hombre ante la muerte*. Taurus. Madrid.
- (1988): «La historia de las mentalidades». En Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel (ed.): *Diccionario de la nueva historia*. pp. 460-481. Mensajero. Bilbao.
- ARÓSTEGUI, J. (1993): «El contenido [Recensión a la obra de H. White]». En *Ayer*, n.º 10, pp. 89-96.
- (1995): *La investigación histórica: teoría y método*. Crítica. Barcelona.
- BAJTIN, M. (1998): *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Alianza. Madrid.
- BARROS, C. (1992): «La contribución de los terceros Annales y la historia de las mentalidades». Conferencia pronunciada el 2 de octubre de 1992 en el *Coloquio Internacional Los Annales en perspectiva histórica*, organizado por la División de Estudios de Postgrado de la Facultad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Página Web: <http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/contribución.htm>.
- BLOCH, M. (1914): «L'alimentation de l'ancienne France». En la *Encyclopédie française*, t. XIV. Paris.
- (1952): *Introducción a la historia*. Fondo de Cultura Económica. México.
- (1987): *La Sociedad feudal*, Traducción al español de Eduardo Ripio Perelló. Akal. Madrid.
- (1988): *Los reyes taumaturgos*. Fondo de Cultura Económica. México.
- BOAS, F. (1966): *RACE Language and Culture*. A Free Press Paperback. Nueva York.
- BOUREAU, A. (1989): «Propositions pour une histoire restreinte des mentalités». En *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*, año 44, n.º 6, noviembre-diciembre, pp. 1491-1504.
- BRAUDEL, F. (1984): *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, 3 tomos. Alianza. Madrid.
- BURGUIÈRE, A. ed. (1991): *Diccionario de Ciencias Históricas*, Traducción de E. Ripio Perelló. Akal. Madrid.
- BURGUIÈRE, A. (1988): «La antropología histórica». En Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, (ed.): *Diccionario de la nueva historia*. pp. 37-61. Mensajero. Bilbao.
- (1991): «Antropología histórica», en *Diccionario de ciencias históricas*. Traducción de E. Ripio Perelló. pp. 470-477. Akal. Madrid.
- BURKE, J. F. & R. ORNSTEIN (2001): *Del hacha al chip*, Traducción de Juan María Madariaga. Planeta. Barcelona.
- BURKE, M. (1993a): *Formas de hacer historia*. Alianza. Madrid.
- (1993b): *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. Gedisa. Barcelona.
- CARLÉ, M. C. (1977): «Alimentación y abastecimiento». En *Cuadernos de Historia de España*, n.º-LXI-LXII, pp. 246-341.
- CARMACK, R. M. (1972): «Ethnohistory: A review of its development, definitions, methods,

- add aims». En *Annual Review of Anthropology*, vol. 1, pp. 227-246.
- CARO BAROJA, J. (1968): *Estudios Sobre la vida tradicional española*. Península. Barcelona.
- CASANOVA, J. (1991): *La historia social y los historiadores*. Crítica. Barcelona.
- CONTAMINE, Ph. (1976): *La Vie quotidienne pendant la guerre de Cent ans. France et Angleterre*. P. Hachette. París.
- CONTRERAS HERNÁNDEZ, J. (1993): *Antropología de la alimentación*. Eudeba. Madrid.
- COUTAU-BEGARIE, H. (1983): *Le Phénomène «Nouvelle Histoire»*. Ed. Economica. París.
- CRESPO, A. et alii (1975): *La vida cotidiana en La Paz durante la guerra de la independencia, 1820-1825*. Universidad Mayor de San Andrés. San Andrés (Bolivia).
- CHARTIER, R. (1986): «La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas». En Ignacio Olabarri y Francisco Javier Caspistegui (eds.): *La «nueva» historia cultural*, pp. 19-33. Complutense. Madrid.
- (1999): *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Gedisa. Barcelona.
- D'ESCOLA, J. (1971): *La vie quotidienne en Espagne au temps de Carmen (1833-1868)*. Hachette. París.
- DARNTON, R. (1984): *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Culture History*. Random House. Nueva York.
- DAUMAS, M. (coord.) (1996): *Histoire générale des techniques*, 5 t. Presses Universitaires de France. París.
- DOSSE, F. (1988): *La historia en migajas. De «Annales» a la «Nueva historia»*. Alfons el Magnànim. Valencia.
- DUBY, G. (1961): «L'histoire des mentalités». En P. Gallimard (coord.): *L'Histoire et ses méthodes*. Encyclopédie de La Pléiade. Pp. 937-966 París.
- (1980): *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Petrel. Barcelona.
- DURKHEIM, E. (1982): *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal. Madrid.
- (1974): *Las reglas del método sociológico*. Morata. Madrid.
- EIRAS ROEL, A. (1974): «Historia cuantitativa del consumo alimentario: estado actual de las investigaciones». En *Hispania*, XXXIV, 126, pp. 105-148.
- ESPADAS BURGOS, M. (1968): «El hambre de 1812 en Madrid». En *Hispania*, XXVIII, n.º 110, pp. 594-623.
- (1973): «Abasto y hábitos alimentarios en el Madrid de Fernando VII». En *Cuadernos de Historia*, n.º IV, pp. 235-287.
- (1975a): «Aspectos socio-religiosos de la alimentación española». En *Hispania*, XXXV, n.º 131, pp. 537-565.
- (1975b): «El tema del hambre y la alimentación en la historiografía española. Fuentes y problemas metodológicos (s. XVIII-XX)». En *Actas de las Primeras Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas*. Universidad de Santiago-Fundación Juan March, t. IV, pp. 139-151. Santiago de Compostela.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. (1970): *Antropología e historia*. Nuevo Tiempo. Pamplona.
- (1974): *Ensayos de Antropología social*. Siglo XXI. Madrid.
- FEBVRE, L. (1935): «Réflexions sur l'histoire des techniques». En *Annales d'Histoire économique et sociale*, pp. 531-535.
- (1959a): *Combates por la historia*. Península. Barcelona.
- (1959b): *El problema de la incredulidad religiosa en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. Ed. Unión Tipográfica/Ed. Hispano Americana. México.
- FICHTENAU, H. (1991): *Living in the tenth century. Mentalities and social order*. University of Chicago Press. Chicago.
- FLAMARIÓN S. CARDOSO, C. & PÉREZ BRIGOLI, H. (1977): *Los métodos de la historia*. Crítica. Barcelona.

- FONTANA, J. (1982): «La reconstrucción. I: historia, sociología y antropología», en *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, pp. 167-184. Crítica. Barcelona.
- (1992): *La historia después del fin de la historia*. Crítica. Barcelona.
- (1999): *Historia: análisis del pasado proyecto social*. Crítica. Barcelona.
- FOUCAULT, M. (1976a): *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de Cultura Económica, 1986. México. *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI. México.
- (1976b): *Vigilar y castigar*. Siglo XXI. México.
- GARCÍA, J. (1995): «Microhistoria e historia de lo cotidiano». En *Ayer*, n.º 19, pp. 189-222.
- GILLE, B. (1972): «Prolegomènes à une histoire des techniques». En *Revue d'histoire des mines et de métallurgie*, IV, pp. 3-65.
- (coord.) (1978): *Histoire des techniques*, en *Encyclopédie de la Pleiade*. Paris.
- (1978): *Histoire des techniques: Technique et civilisations, technique et sciences*. Tour, Impr. Mame.
- (1988): «Historia de las técnicas», en Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, (eds.): *Diccionario de la nueva historia*, pp. 556-590. Mensajero. Bilbao.
- GINZBURG, C. (1981): *El queso y los gusanos. El cosmos de un molinero del siglo XVI*. Muchnik. Barcelona.
- HELLER, A. & F. FÉHER (1989): *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. Península. Barcelona.
- HELLER, A. (1972): *Historia y vida cotidiana*. Barcelona.
- (1991): *Sociología de la vida cotidiana*, Traducción de J. F. Yvars y E. Pérez Nadal. Península. Barcelona.
- HEXTER, J. H. (1979): *On historians: reappraisals of some of makers of Modern History*. Collins. Londres.
- HOBBSAWM, E. (1997): «Entrevista a Eric Hobsbawm por la BBC», en *Socialist History*, n.º 8, 1995; *On History*, New York, The New Press.
- (1994): *The Age of Extremes*. Pantheon. Nueva York.
- HÜNEFELDT, Ch. (1992): *Los manuelos, vida cotidiana de una familia negra en la Lima del S. XIX: una reflexión histórica sobre la esclavitud urbana*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
- IBÁÑEZ, J. (1994): *Por una sociología de la vida cotidiana*. Siglo XXI. Madrid.
- IBÁÑEZ, T. (1988): «Representaciones sociales. Teoría y Método». En *Ideología de la vida cotidiana*. Sendai. Barcelona.
- LACOUR-GAYET, Robert (1957): *La vida cotidiana en los Estados Unidos en vísperas de la guerra de Secesión, 1830-1860*. Hachette. Buenos Aires.
- LE GOFF, J. (1980): «Las mentalidades. Una historia ambigua», en Pierre Nora y Jacques Le Goff, *Hacer la historia*, t. III, pp. 81-98. Laia. Barcelona.
- (1988): «La nueva historia», en Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, (ed.), *Diccionario de la nueva historia*, pp. 263-293. Mensajero. Bilbao.
- (1989): *El nacimiento del purgatorio*. Taurus. Madrid.
- (1999): *La civilización del occidente medieval*, Barcelona, Ed. Paidós Ibérica.
- LE ROY LADURIE, E. (1981): *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*. Taurus. Madrid.
- LEFEBVRE, H. (1972): *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza Editorial.
- LENCLUD, G. (1996): «Historia y Antropología», en Pierre Bonte y Michael Izard (ed.), *Diccionario AKAL de Etnología y Antropología*, Trad. de Mar Llinares García. Akal. Madrid.
- LEROI-GOURHAN, A. (1988): *Evolución y técnica*. Taurus. Madrid.
- LEVI, G. (1993): «Sobre microhistoria» en Peter Burke, *Formas de hacer historia*, pp. 119-143. Alianza. Madrid.

- LÉVI-STRAUSS, C. (1968): «Historia y etnología», en *Antropología estructural*. Endeba. Buenos Aires.
- LOVERA, J. R. (1988): *Historia de la alimentación en Venezuela*, pp. 28-29. Caracas. Monte Ávila Editores.
- LYOTARD, J. F. (1983): *La condición postmoderna*. Cátedra. Madrid.
- MAITLAND, F. W. (1936): *Selected Essays*, [H. D. Hazeltine, et alii (eds.)], Cambridge, CUP, 1936].
- MALINOWSKI, B. (1970): *Una teoría científica de la cultura*. Edhasa. Barcelona.
- (1973): *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Peninsula. Barcelona.
- (1977): *Los cultivos de la tierra y los ritos agrícolas en las islas Trobriand. Los jardines de coral y su magia*. Labor. Barcelona.
- MANDROU, R. (1961): *La introduction a la France Moderne (1500-1640). Essai de Psychologie historique*. Editions Albin Michel (Collection L'Evolution de l'Humanité). Paris.
- (1968): «L'histoire des mentalités». En *Encyclopédie Universalis*. Editorial, t. VIII, pp. 436-438. Paris.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, J. & M. del C. GÓMEZ PÉREZ (1992): *La vida de guarnición en las ciudades americanas de la ilustración*. Ministerio de Defensa. Madrid.
- MARTÍNEZ LLOPIS, M. (1981): *Historia de la Gastronomía Española*. Editora Nacional. Madrid.
- MARTÍNEZ SHAW, C. & M. SÁNCHEZ MARTÍNEZ (1980): «Antropología e historia: hacia una necesaria relación interdisciplinar». En *Actas del I Congreso Español de Antropología*, vol. I, pp. 443-464. Departamento de Antropología Cultural, Universidad de Barcelona. Barcelona.
- MAUSS, M. (1971): *Sociología y antropología*. Tecnos. Madrid.
- MIGUEL, A. de (1969): *Introducción a la sociología de la vida cotidiana*, Madrid, Ed. Edicusa.
- MONTANARI, M. (1993): *El hombre y la abundancia. Historia y cultura de la alimentación en Europa*. Crítica. Barcelona.
- MORALES MOYA, A. (1992): «Historia y postmodernidad», en *Ayer*, n.º 6, pp. 15-38.
- MORALES, E. M. & J. E. GELABERT GONZÁLEZ (1978): «Un aspecto del consumo alimenticio en la España de la segunda mitad del siglo XIX». En *Hispania*, XXXVIII, n.º 140, pp. 617-635.
- MORANDINI, C. (1999): «Parrocchie e telai. Antimodernità istituzionale e protoindustria: Mondovì Carassone tra Seicento e Ottocento». En *Quaderni storici*, n.º 100, año. XXXIV, pp. 237-268.
- MOUCHEZ, Ph. (1966): *Demografía*. Ariel. Barcelona.
- O'BRIEN, P., S. DESAN & L. KRAMER (1989): *The New Culture History*. University California Press. Berkeley.
- PALACIO ATARD, V. (1969): «Problemas de abastecimiento en Madrid a finales del siglo XVIII». En *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nice*, n.º IX-X, pp. 279-288.
- PALMER THOMPSON, E. (1981): *Miseria de la Teoría*. Crítica. Barcelona.
- (1988): *The Voice of the Past*. Oxford University Press. Oxford.
- (1994): *Making History*. The New Press. Nueva York.
- PATÍÑO, V. M. (1990-1993): *Historia de la cultura material en la América equinoccial*, 8 t., Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.
- PESEZ, J. (1988): «Historia de la cultura material». En Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, (ed.): *Diccionario de la nueva historia*, pp. 115-148. Mensajero. Bilbao.
- POUMIER, M. (1975): *Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898*. Ed. de Ciencias Sociales. La Habana.
- RACEDO, J. (1988): *Crítica de la vida cotidiana en comunidades campesinas: Doña Rosa, una*

- mujer del noroeste argentino*. Ediciones Cinco. Buenos Aires.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1975): *El método de la antropología social*. Anagrama. Barcelona.
- (1968): *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Península. Barcelona.
- RAMELLA, F. (1984): *Terra e telai. Sistemi di parentela e manifatture nel Biellese dell'ottocento*. Torino, Introduzione de Giovanni Levi. Ed. Einaudi.
- RANKE, L. von (1979): *Pueblos y estados en la historia moderna*. Fondo de Cultura Económica. México.
- REVEL, J. (1988): «Alimentación». En Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, (ed.): *Diccionario de la nueva historia*, pp. 24-26. Mensajero. Bilbao.
- (1991): «Mentalidades», en André Burguière (ed.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, Traducción de E. Ripio Perelló, pp. 470-477. Akal. Madrid.
- REYES, R. (1992): *Sociología y vida cotidiana*. Montesinos. Barcelona.
- RITCHIE, C. (1986): *Comida y Civilización: De cómo los gustos alimentarios han modificado la Historia*. Alianza. Madrid.
- RUIZ TORRES, P. (1989): «Microhistòria i història local». En *L'Espai Viscut. Coloqui Internacional d'Història Local*. Diputació de València, pp.71-92. Valencia.
- RUBALCAVA MERCADO, J. (1987): *Vida cotidiana y consumo de maíz en la huasteca veracruzana*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Cuadernos de la Casa Chata. México.
- SANCHIZ OCHOA, P. (1993): «Etnohistoria». En Ángel Aguirre Baztán (ed.), *Diccionario temático de Antropología*. Boixareu Universitaria. Barcelona.
- SANTANA CARDOSO, C. F. y H. PÉREZ BRIGNOLI (1977): *Los métodos de la historia*. Crítica. Barcelona.
- SARMIENTO RAMÍREZ, I. (1998): «La introducción de negros esclavos en Cuba». En *Islenha*, n.º 22, junio pp. 139-154. Madeira (Portugal).
- (2000): «Alimentación colonial cubana: Producción interna e importaciones». En *Anales del Museo de América*, n.º 9, pp. 107-128. Madrid.
- (2002): «Comercio de alimentos en la Cuba decimonónica». En *Historia 16*, n.º 311, año. XXV, pp. 24-57. Madrid.
- (2001a): «Cultura material en el Ejército Libertador de Cuba». En *Del Caribe*, n.º 35, pp. 95-109. Santiago de Cuba.
- (2001b): «Cuba durante los siglos coloniales: Los medios de transporte terrestres en las áreas rurales». En *Islenha*, n.º 28, pp. 140-157. Madeira (Portugal).
- (2004): *Cuba entre la opulencia y la pobreza. Población, economía y cultura material en los primeros 68 años del siglo XIX*, Madrid, Aldaba Ediciones.
- (en prensa): *Alimentación y sociabilidad en la Cuba colonial*, en prensa.
- (en prensa): *La necesidad aguzada el ingenio. Cultura material en el Ejército Libertador de Cuba (1868-1898)*.
- SEBRELI, J. J. (1992): *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*, Barcelona, Ed. Ariel.
- SERNA, J. & A. PONS (1993): «El ojo de la aguja. ¿De que hablamos cuando hablamos de microhistoria?». En P. Ruiz Torres (ed.), «La Historiografía», *Ayer*, n.º 12, pp. 93-133.
- (2000): *Cómo se escribe la microhistoria*. Cátedra-Universitat de València. Madrid.
- SINGER, Ch. J. et alii (1954-1958): *History of Technology*, 8 t., Oxford, Ed. Clarendon Press.
- SORRE, M. (1948): «La notion de genre de vie et sa valeur actuelle». En *Annales de Géographie*, n.º 306, pp. 97-108, y, n.º 307, pp. 193-204.
- STOIANOVICH, T. (1976): *French Historical Method: the Annales paradigm*. Foreword by Fernand Braudel. Cornell University Press. Ithaca y Londres.

- TOURAINÉ, A. (1993): *Crítica de la modernidad*. Temas de Hoy. Madrid.
- URÍA GONZÁLEZ, J. (1996): *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*. Publicaciones Unión y Centro de Estudios Históricos de la UGT. Oviedo.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1911^a): «Les genres de vie dans la Géographie Humaine». En *Annales de Géographie*, n.º 111, pp. 193-212; y, n.º 112, pp. 289-309.
- VILAR, P. (1988): «Nación». En Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, (eds.): *Diccionario de la nueva historia*, pp. 501-506. Mensajero. Bilbao.
- VOVELLE, M. (1988): «La historia y la larga duración». En Jacques Le Goff Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, (eds.): *Diccionario de la nueva historia*, pp. 358-387. Mensajero. Bilbao.
- (1989): *La mentalidad revolucionaria*. Crítica. Barcelona.
- WILSON, A. (1993): «A critical Portrait of Social History». En Adrian Wilson (ed.): *Rethinking Social History: English Society 1570-1920 and its interpretation*. Manchester University. Manchester.
- WOLF, M. (1979): *Sociología de la vida cotidiana*. Cátedra. Madrid.